

PRIMERA  
PARTE



# 1

Estaba muy condicionado por mi buena suerte, así que no conseguía ver la oscuridad ni las cosas que la oscuridad esconde. Hasta que llegó el nefasto momento, la maldad permaneció lejos de mí reducida a unos apuntes de clase sobre crímenes de ejércitos, bandas callejeras e individuos sanguinarios cuyos atroces actos podía presentar de forma estremecedora a mi cautivada audiencia de estudiantes.

Esa era la razón de que no fuera insólito que estuviera pensando en el viejo rey Herodes aquella mañana, en el suplicio de sus últimos días, en sus genitales putrefactos, pasto de una horda de gusanos. Era una imagen de culpa y castigo, de merecidos padecimientos de un sátrapa, y yo sabía que en algún momento del siguiente semestre le encontraría un hueco en alguna de mis charlas.

Era una mañana resplandeciente de primavera de 1954, algo menos de cien años después del inicio de un conflicto que cuando acabó había dejado huérfanos a la mitad de los niños del Sur.

Tenía yo entonces veinticuatro años, y durante los tres últimos había dado clases en el instituto de Lakeland. Como era de rigor en aquel tiempo, Lakeland estaba compartimentada por la raza y la clase social, poseía una espléndida zona residencial de estilo colonial, donde mi padre seguía viviendo, y un sector nuevo donde los comerciantes y tenderos se congregaban en modestas casas de una planta en calles cortas flanqueadas de árboles. Los obreros que trabajaban en las pocas fábricas de la ciudad residían en una zona conocida como Townsend, integrada por pequeñas casas levantadas en solares igualmente pequeños, aunque lo bastante grandes para albergar un ligero rastro de césped. Al este de estas casas estaba la zona donde vivía esa

clase de gente para quien, como dice el viejo cuento, no hay sitio en la taberna, y que era conocida como los Puentes.

Un submundo de negros constituía la parte oriental de la ciudad, desconocida como la misma África, y en donde nada se levantaba, al menos no todavía, salvo las fervorosas voces de sus pastores y el canto de sus coros, los cuales, durante los largos y lánguidos veranos de renacer religioso, eran difundidos, las unas y los otros, por unos altavoces subidos precariamente en los árboles agrupados alrededor de sus iglesias siempre recién pintadas. Durante aquellas noches húmedas, sus voces se extendían hacia el norte, hasta las mansiones anteriores a la guerra, donde los eternos gobernantes del Delta se sentaban en sus porches, sorbiendo té helado y riéndose entre dientes de la parranda religiosa de los predicadores negros.

De niño solía sentarme con mi padre en un porche así, durante noches que, a pesar de todo lo que ha ocurrido desde entonces, para mí todavía conservan su belleza legendaria. Había en ellas tranquilidad y certeza, y jamás se me habría ocurrido que algo podría hacer añicos la estabilidad de todo aquello, de un padre muy admirado, un hijo que parecía complacerlo, un apellido familiar reverenciado en todas partes y al que jamás se le había imputado ninguna acción deshonrosa. De niño no habría podido imaginar un padre más noble que el mío, excepto quizás aquel otro padre fabuloso que en una ocasión taló un cerezo y luego se negó a contar una mentira.\*

Y así fue cómo el acontecimiento al que mi padre siempre se refería como el «incidente» me cogió completamente por sorpresa, aunque él nunca me aclaró que hubiera tenido su origen en una antigua dolencia que él llamaba «los bajones», el abatimiento que durante generaciones había golpeado a los Branch, a hombres y mujeres por igual: la enfermedad familiar. El «incidente» en sí había sucedido veinte

\* El protagonista hace referencia a cierto episodio, no demostrado, de la vida de George Washington. (*N. del T.*)

años antes, mientras yo estaba en un internado, y aunque todavía era bastante pequeño, debería haberme sugerido que vivía en un mundo cuyos inestables apuntalamientos permanecían invisibles; como un paseante sobre un embarcadero cuyos pilares podridos descansan, ocultos, bajo el agua.

Pero ninguna alarma semejante sonó en mi cabeza, y en consecuencia pasé alegremente por el internado y la universidad, hasta que al final tuve que afrontar la decisión de qué quería hacer con mi vida. Como hijo afortunado, había tenido muchas alternativas, por supuesto, incluida la de dirigirme al Norte, como sugirió mi padre, y que había sido su propia primera meta, aunque aquella no había sido tan importante como la de «escribir una gran novela», una esperanza que, según propia confesión, había abandonado hacía mucho. Sin embargo, yo no tenía una ambición tan elevada, y decidí sencillamente tomarme mi regreso al Delta con un acto acorde con mi posición social.

Acepté un puesto de profesor en el instituto de Lakeland, y así esperaba prestar servicio a las personas sobre las que mi familia, de manera concertada con otras pocas más igualmente linajudas, había mantenido un dilatado dominio y entre las que había prosperado tanto antes como después de la Guerra Civil. Por consiguiente, seguiría los pasos de mi padre, porque él había dado clases en Lakeland durante casi veinte años antes del «incidente». No vi ningún motivo para que yo no pudiera hacer lo mismo. Después de todo, era el hijo único de una familia aristocrática que todavía contaba, entre los activos de su fortuna, con aquella romántica visión del mundo sin la cual, como afirman los románticos, no se puede cambiar nada.

Tres años después seguía en Lakeland, ya bastante acostumbrado de nuevo al maravilloso paisaje por el que me dirigía en coche al instituto cada mañana, musgo negro y estuarios serpenteantes, nieblas matinales que ascendían somnolientas de los pantanos y arroyos, el extraño

fantasma del Delta, aquella espectral naturaleza de su luz siempre cambiante.

El día en cuestión era un día de primavera. Uno de mis estudiantes me describió de esta manera:

El señor Branch ya estaba en la clase cuando llegué esa mañana. Nos dijo hola cuando entramos. Sonreía, como siempre. Era una persona simpática y parecía que disfrutaba dando clases en el instituto. En clase, le gustaba oírse hablar. La única cosa rara que había en él era que jamás iba a los partidos de fútbol o de baloncesto, como hacían los demás profesores. Dirk decía que él se creía mejor que nosotros porque procedía de una familia rica. Dirk decía que nos miraba por encima del hombro. Puede que lo hiciera, pero de lo que me di cuenta fue de que no había manera de que uno pudiera decir quién le gustaba y quién no. Al menos antes de que las cosas cambiaran y escogiera al que más le gustaba. Pero entonces ya llevaba tres años en Lakeland.

*Declaración a la policía de Wendell Casey*

Bastante exacto, pero había algo que Wendell se dejó fuera de su declaración. Yo era bueno enseñando, y sabía que lo era, una circunstancia que más tarde se hizo constar oficialmente en las actas del juicio.

Señor Titus: ¿Así que le gustaba su trabajo, señor Branch?

Señor Branch: Creo que es vocacional, señor.

Señor Titus: Muy bien, pues. Pero es profesor, ¿no es así?

Señor Branch: Sí, lo soy.

Señor Titus: ¿Y se considera un buen profesor, señor Branch?

Señor Branch: Sí, me considero un buen profesor. En especial para los chicos de Lakeland.

Señor Titus: ¿Por qué en especial para ellos?

Entonces no había tenido tiempo para responder con detalle.  
Ahora sí.

Era un buen profesor para los chicos de Lakeland porque había adaptado mi estilo de enseñanza y contenido del curso a la clase de estudiantes que eran, por lo general, indiferentes al aprendizaje y proclives a la distracción, así que el verdadero desafío consistía sencillamente en captar su atención, en evitar que sus pensamientos se desviarán hacia los problemas familiares o los habituales cotilleos escolares, o si no a estos, entonces hacia aquella zona en blanco en donde no ocurría nada en absoluto. Mi método consistía en introducir algún detalle impresionante, sangriento o macabro, aunque había descubierto que algunos cuentos de inconcebible idiotez también funcionaban bien, sobre todo por proporcionarles un fugaz sentimiento de superioridad. A aquellos chicos les encantaba oír hablar de ardidés que no se habrían creído, de meteduras de pata que no habrían cometido. Pero había una dolorosa aunque tácita conciencia de sí mismos en su escarnio burlón, porque en su fuero interno mis alumnos sospechaban que también eran unos perdedores, que carecían de alguna cualidad, de algún ingrediente, inefable aunque poderoso, excluido de la misteriosa alquimia de sus vidas.

Aquella mañana llegaron a Lakeland como siempre, algunos en autobuses, otros en ruidosos coches, uno en una vieja furgoneta marrón que más tarde sería concienzudamente descrita:

Tenía un golpe en el parachoques delantero, y no llevaba ningún tapacubos, y la ventanilla trasera había sido cubierta en su día con tiras de plástico negro de bolsas de basura, pegadas al cristal con cinta adhesiva; y aquel día había transportado una pala y una bolsa de cal y había ascendido por una vieja pista forestal, y se había quedado atascada en el barro, y había vuelto a bajar con todas la ruedas cubiertas de barro y los laterales llenos de salpicaduras, balanceándose y dando tumbos porque había llovido mucho y todo estaba resbaladizo, y en

consecuencia el hombre que iba al volante tenía problemas para no salirse del camino.

A buen seguro que esa mañana el joven autor de este pasaje había ido caminando solo hasta el edificio, como había hecho siempre hasta entonces, rodeado de los demás estudiantes, unos cuantos sin compañía, como él, otros más moviéndose en apretados corrillos y hablando animadamente. Estábamos al principio de la primavera, en las primeras semanas del último semestre, y la perspectiva del verano ya invadía la mente de mis alumnos. Se habían desecho de abrigos y chaquetas, de gorras y bufandas, así como de la lóbreguez que impone el fúnebre aspecto del invierno sureño. Para entonces los árboles pelados y las nubes bajas y amenazantes habían dado paso al renacimiento de la vegetación y a los brillantes cielos azules, así que cuando salí de mi coche y me dirigí al colegio aquella mañana, fui incapaz de ver lo que más tarde se me aparecería con tanta claridad: el mundo que anidaba tras este mundo, donde el hilo del destino se devana sin descanso y la que lo corta es totalmente ciega.

## 2

Aunque más adelante se revelaría trascendental, aquel día en concreto no fue diferente a los que lo habían precedido. Como siempre, me coloqué detrás de mi atril y abrí el cuaderno que contenía mis extensas y detalladas notas para las charlas. Aquel día debía ser el último de una serie de charlas que había intitulado «El mal en el agua». Pasé rápidamente las hojas hasta el lugar que había señalado y eché un vistazo al recordatorio que me había escrito: «Empezar con el *Medusa* y acabar con el *Minks*».

Miré a los alumnos y esbocé una sonrisa.

—El *Medusa* se hizo a la mar el 17 de junio de 1816. —Empecé con mi habitual tono lúgubre—. Se dirigía al puerto de San Luis, en la costa del Senegal, y era la nave capitana de una pequeña flotilla compuesta por otros tres navíos.

Era un viernes por la mañana, y era la primera clase del día, así que lancé el anzuelo con rapidez y atraje su atención sin contemplaciones.

—Fue un viaje marcado por el asesinato e incluso por el canibalismo —añadí en tono inquietante.

Un par de cabezas se levantaron, así como varios pares de párpados que hasta ese momento habían permanecido cerrados. Los ojos de Debbie Link relumbraron expectantes, aunque era una chica rubicunda que ya había puesto sus miras en dirigirse al Oeste, una meta vital que al final no la llevaría más lejos del este de Texas. El cerebro de la clase era Stacia Decker, siempre con la pluma a punto, una detallista que con el tiempo fundaría su propio despacho de asesoría financiera en Atlanta, donde en 1983 sería elegida Empresaria del

Año. Celia Williamson, cuya palidez hacía que su piel pareciera casi transparente bajo la luz oblicua que la bañaba aquella mañana, me miró atentamente con sus enormes y tristes ojos. Acabaría haciéndose misionera protestante y moriría, a los cincuenta y cuatro años, en una de las periódicas epidemias que asolan a los países subsaharianos, aunque no antes de vivir lo que el encargado de escribir las necrológicas del *Lakeland Telegraph* describió como «una vida tan desinteresada como cabe esperar de una época de egoísmo». Toby Olson se me quedó mirando fijamente en silencio, aunque con aquella compasión por todo lo humano que nunca dejaría de adornar su vida. Los nerviosos dedos de Joe Fletcher se calmaron de repente, aunque como alternaba unos movimientos espasmódicos tan extremados con una repentina quietud, me resultó imposible saber si las palabras introductorias de mi charla habían tenido algún efecto, de la naturaleza que fuera, en su siempre limitada atención. Qué sería de él más tarde, es algo que ignoro por completo.

Pero había otros destinos que conozco muy bien.

Sheila Longstreet se sentaba, como siempre, enmarcada por el aura de su belleza; Wendell Casey lo hacía con su cómica indolencia, y Dirk Littlefield tras su ceño de perpetuo desdén.

En un principio había planeado titular el curso «Sobre el Mal». Para asegurarme de que fuera aprobado, se lo vendí pomposamente al señor Rankin, el discreto y heroico director de Lakeland, como un planteamiento que abarcaba la literatura, la filosofía, la pintura y la historia. Lo había denominado una «clase de especialización» y prometí impartirla como las clases de preparación para la universidad, aunque, dada la naturaleza de mis alumnos, con una cantidad considerablemente menor de exigencias. Sabía que jamás podría alcanzar la extensión intelectual de un curso llamado «Sobre el Mal», pero también sabía, como mi padre había señalado con frecuencia, que cuando uno se encamina al fracaso en algo grande, a menudo tiene éxito con algo bueno. Además, tenía más de un curso en la cabeza. Mi verdadero objetivo consistía en familiarizar a mis alumnos con los actos más oscuros que cualquiera de ellos pudiera cometer alguna vez,

lo cual, a su vez, podría proporcionar la ocasión de que ascendieran un peldaño en la escalera de su siempre precaria autoestima. Como teoría educativa, hay que reconocer que era exagerada, pero yo era joven, y si en tu juventud no abrigas falsas esperanzas, más te vale ser un anciano.

—Al cabo de unos pocos días, el *Medusa* se adelantó a los otros tres barcos —continué—, y de este modo se encontró solo en medio de los peligrosos bajíos del banco de Arguin.

Me gustaron las palabras «solo» y «peligrosos», además del toque de erudición del «banco de Arguin». Mis alumnos también parecían haberse interesado por la clase. Wendell Casey no miraba hacia la ventana sin ton ni son, y Sheila Longstreet había dejado de pasarse un peine por su largo pelo negro.

—El 17 de julio, las aguas que surcaba el *Medusa* se volvieron turbias. —Mantuve mi ritmo comedido y el tono lúgubre, aunque con una ligera tensión teatral—. A las once y media, la sonda confirmó la funesta situación en la que se encontraba el barco.

Mi atril era de madera, y me agarraba a sus laterales como hacían mis profesores del internado, y al igual que ellos, me inclinaba de vez en cuando hacia delante para dar mayor énfasis a las palabras.

—La profundidad del agua era sólo de ocho brazas —dije—. Tres horas después, la profundidad se había reducido en dos brazas completas.

Me volví hacia el gran mapa del mundo. Éste estaba salpicado de chinchetas rojas que indicaban los lugares sobre los que ya había hablado o previsto hablar: el castillo de Elmina, en la Costa de Oro; la llanura del hambre de Andersonville; la Lisboa arrasada; las humeantes chimeneas de Auschwitz, lugares de la gira deprimentemente interesante que había previsto para aquel semestre.

Señalé la chincheta que había clavado a poca distancia de la costa del Senegal.

—Aquí —dije—, alrededor de las tres de aquella fatídica tarde, los pasajeros y la tripulación se precipitaron hacia la borda y observaron con absoluta impotencia cómo el fondo del mar se acercaba

amenazadoramente hacia ellos. Cinco minutos más tarde, el *Medusa* encallaba.

«Fatídica» sonaba muy bien, y la frase «con absoluta impotencia» se me antojó perfecta. Sabía que «amenazador» era excesivo, pero aun así tenía una sonoridad firme.

—Era una marea de primavera, así que el agua nunca subiría más de lo que estaba —añadí—. Por ese motivo, no tenían otra posibilidad que la de abandonar el barco.

Levanté la vista de mis notas. Había doce alumnos en el aula, y a excepción de uno, les había dado clase a todos anteriormente. La excepción era Eddie Miller, un chico un poco más pequeño que la media, lo bastante enjuto para llamarlo tirillas, y con una actitud extrañamente ausente en la que había reparado de vez en cuando.

—El barco quedó varado a cuatro millas de la costa de África —dije—. Y no había suficientes botes salvavidas para los pasajeros que iban a bordo.

Sheila Longstreet, la universalmente reconocida belleza del instituto, levantó su brazo de formas delicadas.

—¿Por qué nunca hay suficientes botes salvavidas, señor Branch? —preguntó.

Yo ya había dado la clase sobre la tragedia del *Titanic*, las onerosas ironías del *Central America* y el ardiente final del *General Slocum*, charlas de las que sin duda Sheila había extraído al menos una conclusión.

—No acabo de comprender el motivo de que nunca haya suficientes botes salvavidas.

—Porque un naufragio es algo que no esperamos —respondí.

No podría decir si Sheila reconoció la intencionada carga filosófica de mi contestación, puesto que por toda respuesta se limitó a sonreír dulcemente y echar una mirada a Dirk, su novio, una mirada que debería haberlo llenado de dicha, aunque a él nada lo alegraba jamás ni lo alegraría.

—Se tomó la decisión de construir una armadía con los tablones del *Medusa* —proseguí—. Cuando estuvo acabada, medía casi veinte

metros de largo por siete de ancho. No tenía vela ni timón, y en consecuencia flotaba sin más sobre el agua, con una capacidad máxima para ciento cincuenta hombres. Cuando acabó de cargarse, los hombres se encontraron metidos en el agua hasta la cintura, esperando a que la balsa fuera amarrada a los botes salvavidas, listos para ser remolcados.

Me detuve, y dejé que transcurriera un instante, un momento de tensión creciente. Podía darme cuenta de que ya había captado la atención de mis alumnos, que percibían el inminente desastre como vacas que olisquearan el aire ante la cercanía de una tormenta. Sólo Eddie Miller parecía indiferente a cualquiera de los aspectos de mi charla. Estaba sentado al fondo de la clase, separado de los demás, el cuerpo echado hacia delante, la cabeza gacha y un lápiz siempre listo, aunque, al contrario que el misil «toma apuntes» de Stacia Decker, el de Eddie casi nunca se movía. En aquella postura su pelo castaño se deslizaba hacia delante y casi rozaba el pupitre. Nunca se lo había visto echado hacia atrás, así que en aquellas raras ocasiones en que él levantaba la cabeza, sus ojos negros parecían relucir a través de una maraña de lianas selváticas.

—Pero la balsa era demasiado pesada —proseguí—. Los botes salvavidas apenas pudieron hacerla avanzar. Y en consecuencia, al cabo de unas pocas horas de esfuerzos inútiles, se cortaron las cuerdas y se la abandonó a la deriva. Nadie esperaba que flotara durante mucho tiempo. Pero flotó durante trece días, y dende nacería una historia que sería inmortalizada en un gran cuadro.

Confiaba en que la repentina utilización de un arcaísmo —den-  
de— junto con el cambio al condicional —nacería— pudiera servir para conseguir un buen efecto, pero también sabía que era el momento de sacar a colación un cuadro.

—Se le llamó *La balsa del Medusa*.

Le di al interruptor del proyector en el que, antes de la clase, había colocado una diapositiva de la célebre interpretación de Géricault de la balsa del *Medusa*. El cuadro apareció de inmediato sobre la pared blanca de mi derecha. No tenía ninguna duda de que su dramática

naturaleza, la negrura del cielo y el mar, el barco de rescate en la distancia, la balsa con su truculento cargamento de cadáveres mutilados y devorados, junto con las pocas y castigadas criaturas que habían sobrevivido al suplicio, captaría la atención de la clase el tiempo suficiente para permitirme añadir apresuradamente algunos hechos.

—Sólo quince personas quedaron con vida en la balsa —dije—. Y al cabo de unos pocos días, cinco de esas quince también murieron.

Di rápidamente unos cuantos detalles sobre el cuadro: su formidable tamaño (casi cinco metros de alto y siete de ancho), la cantidad de tiempo que tardó Géricault en pintarlo (dos años), el hecho de que el pintor hubiera muerto a los treinta y tres años, de resultas de una caída de un caballo, cinco años después de haberlo terminado, y el hecho de que la pintura fuera ya tan famosa para entonces, que un consorcio francés intentó comprarlo con la intención de trocearlo y vender los trozos por separado.

—Eso sería como cortar un Cadillac en pedazos —dijo Wendell Casey.

La clase se echó a reír, y mientras dejaba que las carcajadas siguieran su curso, dirigí la mirada hacia el fondo del aula, donde Eddie Miller se sentaba siempre. Se había puesto derecho y estaba mirando fijamente *La balsa del Medusa*, como si reconociera algún aspecto del cuadro, alguna cara entre su angustiada tripulación.

Me volví hacia el mapa, agarré mi puntero de madera y lo coloqué sobre una chincheta roja que estaba clavada bastante más al norte, en las heladas cuencas de la Siberia estalinista.

—El *Minsk* —dije—, era un barco prisión.

Cuando el timbre puso fin a la clase, había expuesto con absoluto detalle los dantescos horrores del *Minsk*: el frío y el hambre, la mugre indescriptible, y por último, el largo y tristemente famoso «tranvía», la palabra utilizada para describir la hilera de hombres que se había arrastrado por la chirriante tripa del barco, todos esperando su turno

con la última y desgraciada mujer que yacía tendida, desnuda, delante de la fila.

—Tumbada de espaldas —concluí en un tono lento y dramático—, muerta de hambre y helada, proporcionaba su desconsolado servicio hasta que moría o perdía el conocimiento. Momento en el que sería sacada del sitio a rastras, izada por las escaleras hasta la cubierta y arrojada por la borda.

Advertí el silencio que reinaba en el aula, la quietud, exactamente lo que había esperado, así que supe que había llegado el momento de conducir mi charla a su lúgubre conclusión.

—Nadie sabe qué fue del *Minsk* —dije—. Quizá siga en pie, oxidándose en algún fantasmal puerto siberiano. Sólo sabemos lo que ocurrió (un día tras otro) en su viaje a los gélidos campamentos de Kolyma: los gritos que una vez resonaron en sus cámaras metálicas; el chapoteo de los cuerpos de las mujeres cuando eran arrojadas al mar; los hombres que ya estaban formando la fila para aquellos que los sustituirían, todos esperando la grosera orden del director. —Endurecí el tono de mi voz—: «Montadla».

Les sostuve la mirada a todos durante un breve instante, moviendo los ojos de una cara a la siguiente hasta que los posé en la de Eddie, y utilizando las palabras exactas y la grave entonación con la que mi padre había acabado a menudo sus clases en Lakeland, dije:

—Recordad el curso de estos extravíos —Hice una breve pausa, y añadí—: Se acabó la clase.

Perfecto, pensé, justo a tiempo.

Permanecí brevemente detrás del atril mientras mis alumnos recogían sus cosas, se dirigían hasta la puerta y salían en fila. Eddie Miller fue el último en marcharse, y lo hizo moviéndose con tal lentitud al principio que pareció que se frenaba, tras lo cual se lo pensó mejor y salió por la puerta rápidamente.

El pasillo estaba lleno de alumnos que se dirigían corriendo a sus clases, pero yo tenía libre la siguiente hora, y me fui a la biblioteca, examiné detenidamente las estanterías, encontré *Billy Budd* y lo saqué del estante.

Una vez en el exterior, me dirigí despreocupadamente al pequeño bosque que se extendía por delante del colegio, me senté en uno de los bancos de madera que había allí, abrí el libro y leí: «En la época anterior a los barcos de vapor...»

Y allí estaba yo, en aquel remoto día, observando cómo el «guapo marinero» paseaba con sus compañeros, alegre y despreocupado, por los tablones de madera hacia donde su destino lo esperaba agazapado, como un gato de la jungla.

Casi había leído quince páginas, maravillado por la mera profusión de alusiones a los clásicos de Melville, cuando vi a Sheila Longstreet avanzar lentamente por el sendero hacia donde Eddie Miller se apoyaba en actitud indolente contra una de las dos pequeñas columnas de ladrillos que marcaban la entrada a los jardines del colegio. Sheila dijo algo, se sacudió el pelo con aquella coquetería tan propia de ella, y para mi sorpresa alargó la mano y le tocó el brazo a Eddie, un gesto tan descarado y explícito, de una chica tan guapa, y tan directo, que supe que debía de haberle provocado una sacudida al muchacho: una descarga eléctrica de deseo.

En circunstancias normales habría vuelto a mi libro, pero algo retuvo mi atención sobre Eddie y Sheila mientras permanecieron juntos. No parecían tanto novios, o incluso compañeros de clase, como representantes de dos especies sutilmente distintas, Sheila apoyándose seductoramente en la pequeña columnata de ladrillo, mientras Eddie permanecía de pie delante de ella como un soldado en posición de firmes. Sheila se rió, se sacudió el pelo, levantó el pie derecho y tocó el suelo con la punta del pie, unos gestos que, a mi entender, fueron de una coquetería manifiesta.

Eddie, sin embargo, parecía totalmente desconcertado ante todo aquel despliegue, por lo que cuando Sheila finalmente se apartó, se dio la vuelta y se alejó majestuosa y con displicencia por el camino, el muchacho pareció tan asombrado por su interés como incapaz de explicárselo. Desde su lugar allí abajo, la observé alejarse con su andar liviano hasta que Sheila llegó al pie de las escaleras, donde, con un movimiento a todas luces calculado y muy lento, se dio la vuelta hacia

él, como una bailarina de una caja de música, y levantó la mano para decirle adiós, aunque se detuvo bruscamente, como si la llamaran, y giró sobre sus talones en dirección a Dirk, que estaba en la entrada del colegio.

Dirk le gritó algo como: «¿Dónde has estado?», aunque no pude oír sus palabras exactas. Entonces él hizo un gesto rápido, como el de alguien que hendiera el aire con un cuchillo invisible, y en respuesta Sheila subió rápidamente las escaleras hacia donde él se erguía sobre ella en actitud amenazante.

Amenazante, sí, aunque ahora, cuando pienso en Dirk, permanece con las manos atadas a la espalda, como una figura en una carreta, zarandeado y dando tumbos mientras recorre las calles de la ciudad, rechazado y despreciado, todavía con las pajas del suelo de la mazmorra colgándole del pelo; y yo mismo soy la única compañía de su viaje.